

BANDADA DE PÁJAROS

Me levanté temprano. Días, meses, de estarlo planeando. De soñar con tomar mis cosas, agarrar a mis hijos, meter lo que pudiera y arrancar el carro. Lo más difícil es esto: arrancar el carro, porque una vez lo arranque, él sólo me llevaría del otro lado de la frontera. Ahora en la carretera mis piernas tiemblan. Salí temprano, metí a los niños medio dormidos, la valija con lo de ellos. Esa valija que he estado arreglando a escondidas y que por meses ha permanecido debajo de la cama para que mi marido no la viera. Casi olvido los juguetes de los niños.

Ahora me doy cuenta de que mi atención debe ser la máxima, pues tengo mucho miedo. Pero, ¿a qué le temo? Él no está en el país. Nadie sabe lo que estoy haciendo. Seguramente se darán cuenta cuando ya esté lejos. ¿Y si me paran en la frontera? ¿Y si los papeles de los niños no están en regla? ¿Y si tengo orden de arraigo? Y si...

¿Viaja sola?, me dirá. No, con mis hijos. ¿Tiene permiso del padre? Si, véalo, le diré. ¿Por qué tiem-

bla? No, no tiemblo, usted está loco, solamente tengo frío. ¿Frío? Y el hombre se reirá.

El sol alumbra fuertemente y veo la frontera. Respiro y desacelero. Los niños han despertado y se ven felices porque están de paseo. Paro, me bajo; los niños también. Camino hacia la ventanilla que corresponde. Me sorprendo al ver una frontera tan limpia. Detrás de la ventanilla una mujer toma mis papeles, los ve, me mira y me sonrío. Pone un par de sellos. Me devuelve los pasaportes al mismo tiempo que dice: que le vaya bien. Es como si comprendiera todo. No me atrevo a voltear, la miro como pidiendo que corrobore lo que dijo antes. Buen viaje, me dice con otra sonrisa.

Regreso al carro. Mi estómago duele, los niños se suben gritando, arranco nuevamente el carro, lo conduzco y del otro lado del río, después de que alguien más revisa los documentos, acelero. Acelero y canto, tarareo, grito. Los niños cantan también. Los veo por el retrovisor. Ríen. Una bandada de pájaros vuela en el cielo azul celeste.

LA ROSITA

El sótano despedía un fuerte olor a humo de carros y a humedad. Nada alentador para un lunes a las ocho de la mañana. Parqueo mi carro y mientras camino hacia mi oficina veo moñas negras de papel de china en las puertas.

—¿Quién murió? —le pregunto a la mujer de la limpieza.

—La Rosita, la camarera —me contesta con cierta pena—. La mató el marido.

Siento un dolor en el pecho, un dolor agudo, y mi estómago se aprieta. ¿Cuándo la conocí?, pienso mientras llego a mi oficina. Quizá hace seis meses. Esa mañana Rosita llegó conmovida. Su marido le había pegado y ella logró escapar de su casa a las seis de la mañana. Olvidó su bolso y el suéter. Hacía frío y su cuerpo temblaba. Le prestó dinero a una vecina para la camioneta y llegó al trabajo. Lloró frente a mí y me relató el incidente muy conmovida. Después de un rato se calmó, se secó los ojos y me dijo, lo voy a dejar.

Todo el día hubo noticias: que el hombre anda huyendo; que la hija de 15 años llegó para contar lo sucedido; que la policía no hizo nada; que la enterraron ayer.

La había visto dos o tres veces más. Sus ojos claros, con ese atractivo que tienen las mujeres de oriente, cada vez parecían menos dolidos. Ahora pienso que me equivoqué pensando que lo iba a dejar. Un día me dijo:

—Fíjese que Juan hasta me escribió una carta en la que me dice: “Rosita, mi vida, perdóname, soy un burro. Te lo prometo, no lo vuelvo a hacer”.

—Seño, no tengo tiempo para venir, discúlpeme, pero no se preocupe, él está cambiando —me dijo en otra ocasión. Desde ese día ya no la vi, hasta ahora, en la misa de nueve días. Al final del corredor pusieron el altar y ahí está la foto de Rosita. Detrás de mí unas señoras, probablemente sus amigas, hablan en un murmullo:

—Qué tonta que fue, lo hubiera dejado. Yo se lo dije, pero ella era necia, siempre lo disculpaba.

—Yo que ella lo hubiera dejado. Fijate que una vez vino toda morada. A mí me dijo que se había caído de la camioneta, pero ¡huesos!, yo no me lo creí. Para mí que el hombre la tenía embrujada. Sólo así se explica la necedad de la Rosita. Y tan chula que era.

—Pues claro que era bonita, si hasta fue reina de su pueblo. A mí me contó que le llovían los enamorados. Siempre se vestía coqueta, hasta que el hombre se lo prohibió. ¿Te fijaste cómo cambio su manera de vestir? Parecía vieja, la pobre.

—¡Y no la dejaba salir! — agrega la más joven del grupo.

—Para mí que el marido tiene una amante. Escondido debe estar con la otra. Y como para que lo encuentren.

—Y después aparecerá el desgraciado como si nada. Así le pasó a la amiga de una mi prima. ¿Te acordás que te conté? Fue hace como dos años, el ex marido la mató, a ella y al novio. Salió en el periódico. Si hasta publicaron la foto de él, pero nunca lo agarraron y dicen que ahora ya regresó.

—Eso no es nada, fijate que a la Tita, aquella que trabajó aquí, el marido la quemó con cigarro para que se le quitaran las mañas. Y hasta dicen que cada vez que quería de aquello, primero le metía la pistola entre las piernas.

—¡No!

—¡Sí!

Me siento aturdida. Como si la desolación y el hastío fueran una ola a punto de reventar. Siento cólera en el estómago. ¡Qué desgracia! Me volteo y les pido que se callen, pero ellas continúan hablando. Las imágenes de muchas mujeres parecen fantasmas de misa a mediodía. Es como vivir la historia del mundo en una hora. Es más de lo mismo. Siempre lo mismo. Entonces me levanto, no aguanto más. Camino hacia el frente, muy cerca del improvisado altar. Necesito sentir otros olores, tal vez el olor de las flores o el olor de la vida. Ahí entre las flores está la foto de la Rosita. En la foto sonrío y sus ojos de oriente brillan como si estuviera viva.